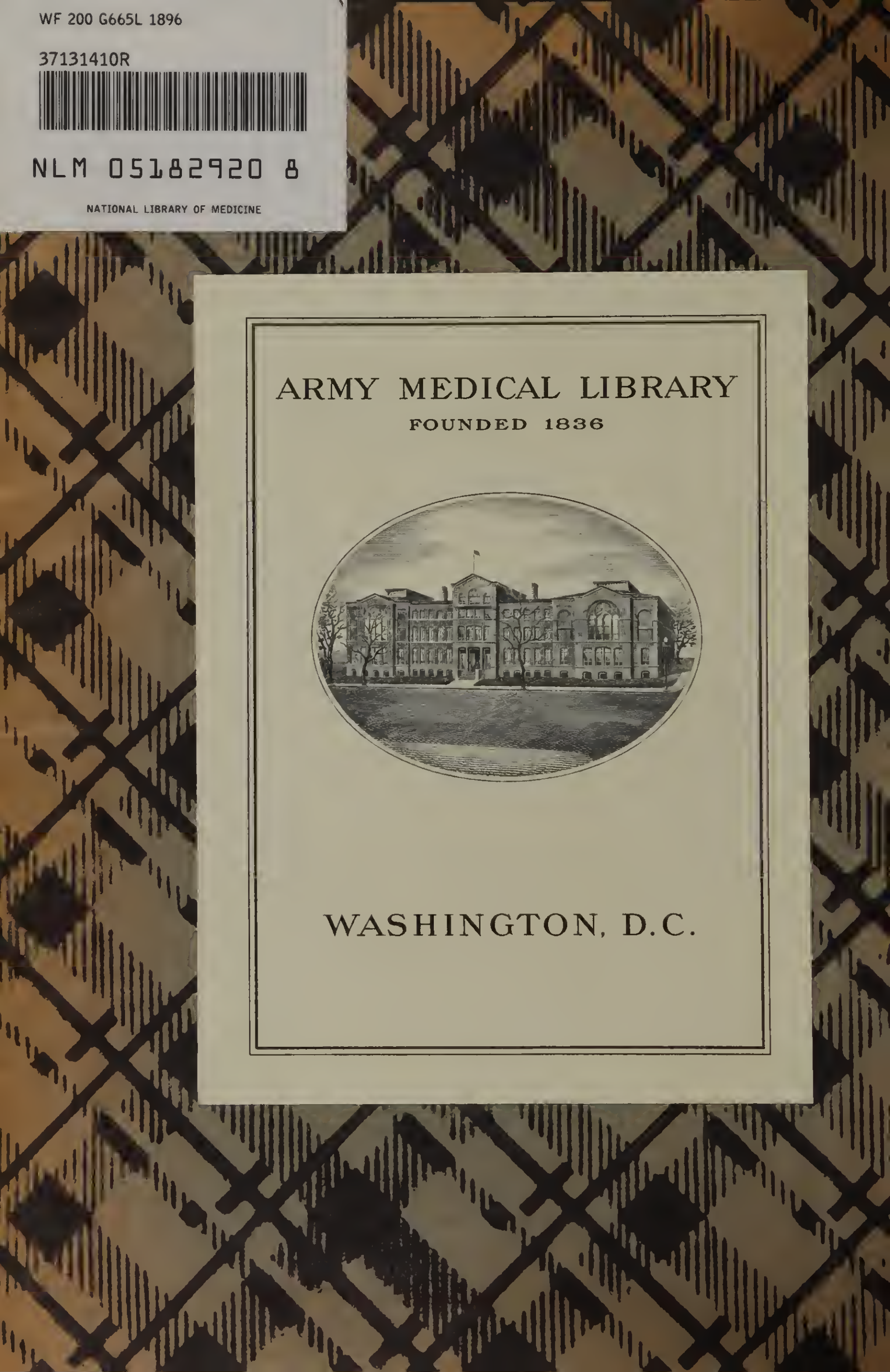

WF
200
G665L
1896


WF 200 G665L 1896
37131410R
NLM 05182920 8
NATIONAL LIBRARY OF MEDICINE
ARMY MEDICAL LIBRARY
FOUNDED 1836
WASHINGTON, D.C.



# LOS LOROS Y LA TUBERCULOSIS



# Los loros y la tuberculosis

POR


## D. Antonio de Gordon y de Acosta

Presidente Facultativo de los Dispensarios para niños pobres de la Habana, Presidente de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana, Doctor en las Facultades de Medicina y Cirujía, Farmacia, Ciencias, Derecho, Filosofía y Letras, Catedrático de Término propietario de Fisiología Humana y de Historia crítica de la Medicina en la Universidad, Miembro del colegio de Farmacéuticos, de la Sociedad Antropológica, de la Odontológica, de la de Estudios Clinicos, de la Sociedad Económica de Amigos del País, del Círculo de Abogados, Vocal de la Junta Provincial de Sanidad, de la Sociedad de Higiene de la Habana, del Centro Médico-Farmacéutico de Matanzas, del Cuerpo Médico-Farmacéutico de Santa Clara, de la Real Academia de Medicina de Madrid, de la Sociedad Española de Historia Natural de Madrid, de la Sociedad Española de Higiene, de la Sociedad Geográfica de Madrid, del Colegio de Médicos de Madrid, de la Ginecológica Española, de la Sociedad Facultativa de Ciencias y Letras de Madrid, de la Academia Médico-Quirúrgica Española de Madrid, de la Sociedad Española de Hidrología Médica, de la de Fomento de las Artes de Madrid, de la Sociedad Económica Matritense, del Colegio de Farmacéuticos de Madrid, de la Real Academia de Medicina de Cádiz, de la Academia de Higiene de Cataluña, Representante General en América de la Sociedad Española protectora de las Ciencias, de la Sociedad Económica de Barcelona, de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona, de la Academia Médico-Farmacéutica de Barcelona, de la Academia y Laboratorio de ciencias Médicas de Cataluña, de la Sociedad Barcelonesa de Amigos de la Instrucción, Instituto Médico Valenciano, de la Academia de Medicina y cirujía de Granada, de la Academia Médico-Quirúrgica de canarias, de la Real Academia de Medicina y cirujía de Palma de Mallorca, de la Real Academia de Medicina y Cirujía de Sevilla, de la Sociedad Francesa de Higiene de París, de la Entomológica de Francia, de la Filotécnica de Francia, de la de Estudios coloniales y Marítimos de Francia, de la Química de París, de la Asociación de Químicos Industriales de Francia y de las colonias, de la Mineralógica de Francia, de la de Medicina Pública y de Higiene Profesional de París, de la Asociación Francesa para el adelanto de las ciencias, de la Sociedad Anatómica de París, de la Sociedad de Anatomía y Fisiología de Burdeos, de la Anatomo-clínica de Lila, de la Sociedad Médico-Quirúrgica de La Rochela, de la Sociedad de Medicina de Ruan, de la Sociedad Nacional de Medicina de Lion, de la Sociedad de Amigos de las ciencias Naturales de Ruan, de la Sociedad de Farmacéuticos de Burdeos, de la sociedad científica de Bruselas, de la Real Academia de Medicina Pública de Bélgica, de la sociedad Británica para el progreso de las ciencias, de la sociedad de ciencias médicas de Lisboa, de la sociedad Rusa para la protección de la salud pública, de la sociedad Imperial de Naturalistas de Moscow, de la Sociedad de ciencias médicas del Gran Ducado de Luxemburgo, de la sociedad de ciencias, agricultura y artes de la Baja-Alsacia, de la sociedad Imperial de medicina de Constantinopla, de la Academia de medicina de Atenas, de la Academia médico-quirúrgica de Ferrara, de la Academia de ciencias de Hippone, Bonia, Algelia, de la sociedad de Farmacéuticos de la costa de Oro, de la Academia Nacional de medicina de México, de la sociedad de medicina Interna de México, de la sociedad Farmacéutica Mexicana, de la sociedad médica «Pedro Escobedo» de México, sociedad Mexicana de Historia Natural, de la sociedad científico-literaria de «Amantes del Saber» de Caracas, de la Academia Venezolana de la Historia, de la sociedad de médicos-cirujanos de Caracas, de la sociedad científico-literaria de Coro, del Círculo médico Argentino de Buenos Aires, de la sociedad médica de Chile, de la Academia Nacional de medicina de Lima, de la Academia de medicina de Medellin, Colombia, de la Sociedad colombiana de Ingenieros, de la Academia de ciencias y Bellas Letras del Salvador, de la Academia de medicina y ciencias accesorias de Guayaquil, de la Academia de Ciencias de Rochester, de la Academia de ciencias de Nueva York, de la Sociedad de Jurisprudencia médica de Nueva York, de la sociedad Química de Nueva York, de la Sociedad microscópica de Nueva York, de la Sociedad médica de Nuena Orleans, de la Junta de Sanidad Nacional de Washington, del Instituto Smithsoniano de Washington, &, &.



HABANA

IMPRENTA "EL FIGARO"

62 OBISPO 62

Al Sr. D. Dr. José I. Torralbas, Vice Presidente de la Real Academia de Ciencias Médicas Físicas y Naturales.

Mi erudito compañero: permita V. que le ofrezca este modesto trabajo que espero lo acepte, en cambio de lo mucho que le admira por su ciencia y talento, su apasionado amigo.

Antonio de Gordon

Habana 26 de Octubre de 1896

Sres. Académicos:

Si el problema que debemos resolver en la vida, es proporcionar la mayor felicidad posible á los hombres reunidos en sociedad, como dice Maupertius, autorizados estamos para emprender esta labor que lleva por fin evitar el incremento de la más terrible de las plagas modernas, la que aniquila las urbes, siendo causa de incalculables desgracias, en contra de cuyo mal son siempre exíguas las precauciones que se tomen, conforme se expuso en el último Congreso celebrado en Coimbra el año próximo pasado, dedicado todo él al implacable enemigo á que nos referimos, la tuberculosis.

Ahora bien, la familiaridad del ser racional con los animales domesticables, existe entre otras múltiples cosas porque ellos son, como también los que no pertenecen á esa clase, nuestros hermanos menores, según dijo el inolvidable naturalista Jorge Luis Leclerc, el célebre conde autor de las Epocas de la Naturaleza; así es que desde remotos tiempos se han estrechado los lazos de intimidad con muchos de los primeros, figurando entre éstos el loro; asegúrase que en la India los encontró ya amansados el célebre Onesicrito, uno de los más bizarros generales de Alejandro el Grande, que los llevó vivos á Grecia; algo después fueron introducidos en Roma, al extremo de que el ilustre Plinio pudo por esto dar á conocer sus costumbres y sus usos de un modo bastante preciso, aunque sólo le eran familiares los paleonidos.

Hubo un tiempo en la referida capital en que las aves que nos ocupan constituían el objeto predilecto de los ciudadanos, al extremo de aprisionarlas en lujosas jaulas de plata, de marfil ó de conchas, teniendo criados especiales exclusivamente dedicados á su asistencia, es decir, á cuidarlos y á enseñarles, sobre todo, á pronunciar el nombre de César, llegando á tal grado el aprecio á estos animales, que Catón el Censor exclamaba lleno de justa indignación: ¡Oh, desgraciada Roma, á qué extremo te ves reducida, cuando las mujeres crían perros en sus senos y llevan los hombres loros en las manos!

No pocas veces una de esas aves habladoras se pagaba con esplendidez, llegando á valer más que un esclavo, no habiendo tenido á menos el gran Ovidio cantarle á una de ellas con el sentimiento que él sabía hacerlo.

En los días de Nerón, no se conocían otras especies que las indias, llevándose después las africanas.

El renombrado Heliogábalo consideraba al loro como uno de los exquisitos manjares, creyendo que el más delicado obsequio que podía hacer á sus invitados era el servirles un plato de cabezas de tales seres.

En los famosos tiempos de las Cruzadas, poseían los señores acaudalados distintos loros que consideraban como el mejor ornamento de sus palacios, enseñándoles á hablar, pues así se desprende de estas palabras de Cristián von Hameln: «Desearía que pudiese hablar como loro en jaula.»

Cual en el antiguo mundo, en el nuevo también era íntimo del hombre, pues, al arribar á estas tierras con sus compañeros el que fué por ello Almirante, Duque de Veragua y Virrey, hallaron muchos perfectamente domesticados en las viviendas de los naturales, confirmando lo dicho un interesante hecho histórico, que no podemos dejar de relatar. Cuando las huestes españolas en 1590 á las órdenes de Ojeda y Nicuesa pretendieron sorprender al caserío caribe llamado Jubaco, situado en el istmo de Darien, no pudieron hacerlo, porque los loros que en las copas de los árboles existentes delante de las chozas vigilaban el contorno, anunciaron la proximidad del enemigo, de tal manera, que sus amos pudieron huír con tiempo de sus perseguidores.

El naturalista Schomburgk dice que en los pueblos indios

reemplazan á las gallinas, interviniendo más que éstas en la sociedad del hombre, rara vez, añade, ha visto jugar á los niños, sin que entre ellos hubiera alguna de dichas aves, que imitan á la perfección todos los sonidos que oyen, como el llanto, los gritos y la risa de los muchachos.

La habilidad de los indios para domesticar á los animales que embargan nuestra atención, es admirable; cuenta Bates que en su viaje por el territorio de la Amazona, vió caer en el río Abeyros una hermosa cotorra de una bandada que volaba por encima del mismo; que se apoderó de ella tratando de amansarla, siendo inútiles sus procedimientos; entonces una anciana del país se encargó de la prisionera, y, á los dos días, la devolvió completamente dócil.

En cuanto á Cuba en particular, podemos exponer que las aves que nos ocupan, eran familiares al hombre que aquí encontraron los descubridores, en prueba de ello, nos basta citar el diario del comandante de la Santa María, para que quede demostrado el acerto. «Yo—dice Colón, refiriéndose á los habitantes de «la más fermosa tierra que jamás vieron los ojos humanos»—«porque nos tuviesen mucha amistad, pues comprendí que era gente que mejor se libraría y convertiría á nuestra Santa Fe con amor, que no con fuerza, les dí á algunos de ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrio que se ponían al pescuezo...... Los cuales después venían á las barcas de los navíos y nos traían *papagayos* é hilo de algodón en ovillos y azagayas, y otras muchas cosas, y nos las trocaban por otras que nos les dábamos, como cuentecillas de vidrio y cascabeles.» Y el P. Las Casas dice de las aves á que nos referimos: «Papagayos verdes muy graciosos.»

La suerte del loro que vive en Europa es bastante triste, los peores días del cautiverio son desde que es cogido para cambiarlo por algún objeto del antiguo mundo hasta su llegada á éste, pues el negocio lo hacen regularmente los marineros, que la gran mayoría no saben cuidar del animal, de lo que resulta que la mitad de los embarcados perecen en la travesía y otros de los que sobreviven sucumben en los mal dispuestos establecimientos de vendedores de pájaros. Los azares sufridos por los cautivos los vuelven desconfiados, tímidos y perversos, cualidades que no pierden

sino después de prolongado tiempo, ellos son de suyo juiciosos, se acomodan á las circunstancias y se avienen á todos los régimenes: por eso en lugar de los granos, base de su alimentación en condiciones salvajes, se habitúan á los alimentos del hombre, que le agradan tanto más, cuanto más los usan; así es que se les puede acostumbrar á comer y beber de todo: café, vino, te y cerveza.

Según el Dr. A. E. Brehm, los pobladores de la tierra denominados con la voz malaya *lori*, que significa *papagayo rojo*, son las aves más superiores, toda vez que sus caracteres les aseguran este puesto, siendo *monos alados*, no sólo en opinión vulgar, sino también para el naturalista, pues nunca fué más exacta la comparación entre animales pertenecientes á clases tan distintas.

Asígnanle también lugar preferente Lacepède, Ulliger, Blainville, Bonaparte, Kaup, Carus, Wallace y algunos autores más que, no fijándose en la forma del pie de esos seres, sino en otras cualidades, los consideran cual se lo merecen.

Constituyen los loros un orden perfectamente determinado, el Psittacini, cuyo carácter primordial consiste en la manera de ser del pico, por lo que Stande los llamó Globirostros.

De primer momento, se parece el pico algo al que poséen las aves de rapiña, pero es más fuerte y grueso, más alto y más regular en su desarrollo y está provisto de una membrana blanda sin plumas en la raíz de la mandíbula superior, que lleva el nombre de *cera*.

Han estudiado también debidamente el pico Finsch y Burmeister, en cuyas inquisiciones no nos detenemos por no alargar esta labor.

Con exclusión de Europa, los loros habitan en todos los lugares de la tierra: en 1868 Finsch admitió 355 especies distribuídas del modo siguiente: 19 en el Mediodía de Asia, 25 en Africa, 30 en la Polinesia, 60 en Australia, 85 en las Islas Filipinas y Molucas y 142 en la América.

Gracias á los progresos realizados hánse aumentado en más de 20 las especies bien clasificadas, continuando casi la misma proporción distributiva, de las que la mayor parte existen en los lugares cálidos, pues sólo ocho especies se hallan más allá del trópico de Cáncer y sesenta y dos del de Capricornio.

Diferéncianse las aves que nos ocupan de las otras, en su ma-

nera de vivir, costumbres y facultades: tienen desarrollado uniformemente sus sentidos, estando los órganos de los mismos igualmente desenvueltos.

No menos positiva es la inteligencia de estos seres, al extremo que por ella podemos llamarlos, como lo hemos hecho, *monos alados;* es el ave de más poder psíquico, por su carácter se parece á los simios, y tiene memoria, prudencia, astucia y desenvolvimiento dentro de los límites que le son propios; es orgullosa, valiente, agradecida con conocimiento de causa y fiel hasta la muerte; sus ademanes expresivos, su viveza, la facilidad con que comprende, la ternura de un sexo para con el otro, el cariño que tiene al dueño y la malicia con que se defiende de sus enemigos, son cosas que ninguna otra ave alcanza, por lo que no estuvo del todo acertado el señor Martínez de la Parra, cuando escribió: «¿Qué diremos de tantos papagayos? ¿Y qué de tantas *cotorreras*, que ni entienden lo que piden á Dios, ni saben lo que ruegan?» No así el señor Iriarte, que conociéndolas mejor, expuso:

Y desde el balcón de enfrente
Una erudita cotorra
La carcajada soltó,
Haciendo del loro mofa.

Su voz es fuerte y chillona, imitan la humana, y la palabra del hombre la llegan á simular de tal modo, que en este concepto hacen cosas admirables, bien dice Brehm: no charlan sino que hablan, pues no pocas veces saben emplear de modo oportuno los términos que han aprendido, como afirma Linden y de que es buen ejemplo, el individuo citado por Lavaillant, que fué propiedad de un comerciante de Amsterdan y el célebre *Jaco* de quien expuso Lenz, que desde que existen loros no se ha visto ninguno que alcanzara el grado de instrucción del citado, sintiendo no podernos extender más en este particular por la índole del trabajo; no obstante, permítasenos citar un hecho curioso en apoyo de lo que hemos dicho; helo aquí: en la ciudad de New York, el ratero Thomas Clancy que había adquirido notable práctica en la sustracción de jaulas de pájaros, fué delatado por un loro en el momento que lo robaba, pues el animal, á quien se le había enseñado á gritar ¡al ladrón! y pedir auxilio, asustado al hallarse en manos del caco, empleó las frases oportunas para el momento,

y gritó tan fuerte, que atraídos los vecinos avisaron á un agente de policía, el que detuvo al malhechor y libertó á la víctima.

Según el Sr. de La Sagra, en Cuba sólo poseemos una especie de cada uno de los tres géneros propios del continente americano: la cotorra, los guacamayos y los periquitos, siendo la primera el *Psittacus leucocephalus* especial de las Antillas, el guacamayo *Macrocercus tricolor* y el periquito *Conurus cuyaneuces*, que también lo son de tierra firme en la parte meridional.

El sábio Dr. D. Juan Gundlach en su Contribución á la Ornitología Cubana, páginas 124 á 127 y en ésta, páginas 149 á 153, los admite como una familia, al igual que el autor anterior, pues el orden lo componen con la Psittacidae, otras distintas de no menos importancia, siendo los géneros, el Chrysotis de Swainsoni, especie leucocephalus (Psittacus) Linn—Cotorra, el Macrocercus Vieillot, especie tricolor (Ara) Viellot—Guacamayo, y el Conurus Kuhl, especie evops (Sittase) Wagler, Periquito en el departamento Occidental, Catey en el Oriental.

Fué Oviedo en su Crónica General de las Indias impresa en 1547, Libro XIV, capítulo IV, página 110, el primero que habló con detalles de nuestra cotorra, que dió á conocer también el virtuoso y humanitario Obispo de Chiapa, de igual modo que al periquito ó catey, expresando de la una y del otro, el nombre indio: *higuacas* para las primeras y *xaxabis* para los segundos.

Es la cotorra bastante abundante en esta Isla, siendo algo menos en Santo Domingo y en la Martinica, encuéntraselas aquí sobre todo, en los lugares pocos desmontados y en tierras cenagosas, alimentándose de semillas, frutas y retoños tiernos.

Su verde plumaje, sus ojos morenos, su frente blanca, sus mejillas, garganta y delantera del cuello rojo, sus orejas negruzcas, son los principales caracteres del macho adulto, agregando á éstos el rojo de las alas, que es por lo que se diferencia de la hembra; su carne es buena de comer, sobre todo cuando el ave es joven; en las casas de campo se crían en jaulas ó sueltas, imitan bien la palabra, se dejan rascar la cabeza, dan la pata y hacen múltiples agasajos, por lo cual aumentan su familiaridad con el hombre, al extremo de haber manifestado por ello lo siguiente el sin igual Bretón de los Herreros:

Cuando se fué á Calahorra
Don Marcelo ¿quién dirías
Que á los tres ó cuatro días
Me consoló? Una cotorra.

Educadas, conforme observó el Dr. Gundlach, repiten lo que han aprendido. Vuelan en pares y éstos forman grandes bandadas, cuando no anidan, lo que hacen de Abril á Julio, poniendo tres ó cuatro huevos blancos en los huecos de las palmas.

El vuelo es pesado, y consiste en aletazos cortos, repetidos con prontitud. Al medio día cuando él calor es excesivo, suelen estar en lo sombrío de un árbol y calladas, no siendo de esa manera, hay que decir con D. Francisco Iturrondo en su inspirada composición «Rasgos Descriptivos de la Naturaleza de Cuba:»

La gárrula cotorra allí en los aires
Aturde con su eterna vocería.

Los individuos del segundo gènero y segunda especie, nuestro guacamayo, son hoy muy raros, los ha visto Guudlach desde la Hanabana hasta la ensenada de Cochinos; viven en pares, su carne es dura y de olor desagradable, se domestican, hablan, aunque no tanto como los seres que antes nos han ocupado, y anidan en las palmas huecas.

El señor de La Sagra duda si el guacamayo habrá pasado del continente meridional á Cuba; pero, sea como fuere, su cabeza, su pecho, vientre, delanteras y lados del cuello son de un bello color rojo; la porción posterior del mismo, amarilla; garganta rojo moreno orillada de amarillo. Pequeñas cobijas de los remos y plumas escapularias, moreno rojo orillado de verde. Las grandes cobijas y las remeras de bello azul verdoso por su cima, rojo cobrizo por debajo. Remeras laterales azul de ultramar en lo exterior y en la punta, de un bello carmesí en lo interior. Tapadas del ala, rojas, y el pico negro.

Tócanos por último ocuparnos del periquito Xaxabis de Las Casas, Xaxabes de Oviedo que en un principio se conoció con el nombre de Guayanensis, y que Cabanis en virtud de especiales estudios, que no son del caso, denominó Conurus evops pasando la especie, de la serie I, á la VII, ó séase, de las que viven en Cuba y la América Meridional á las sólo propias de esta Antilla.

Encuéntrasele entre nosotros en bandadas con especialidad en la Ciénaga de Zapata, Ensenada de Cochinos, montañas de Trinidad, cercanías de Bayamo é Isla de Pinos. Habitan con predilección en las sabanas, se alimentan de semillas y frutas, vuelan rápidamente y recto de un lugar á otro.

Posadas y cuando buscan la comida, emiten notas poco perceptibles, casi un murmullo, siendo agudos sus gritos; anidan en las palmas y huecos de árboles.

El plumaje del macho adulto es de un verde amarillento, muy lustroso, menos intenso en las partes inferiores, tiene algunas plumas salteadas color de vermellón, pico, ceja y párpados rojizo blanco, pié parduzco ceniciento, ojos rojos y alrededor de la pupila una angosta faja amarilla.

La hembra y el macho joven carecen de las plumas vermellón esparcidas de que hemos hablado.

En estado salvaje, no es arisco, por lo que se coge con facilidad, se domestica pronto y bien, aprende á hablar, se deja acariciar, se hace el muerto, dá besos y ejecuta múltiples actos más que le hacen merecer el aprecio de sus amos, manifestando por eso el Sr. La Sagra, que las señoritas en esta capital los llevaban con frecuencia en sus regazos y hacían de ellos lo que querían, como si se tratase de cuerpos inanimados, lo que inspiró una sentida anacreóntica al fecundo poeta Joaquín Lorenzo Luaces, titulada «El Periquito», en la que pinta, á lo Murillo, las acciones y mimos del animal, composición que se publicó en el Tomo 2o. del periódico «Cuba Literaria», pág. 43, cuyos últimos versos son éstos:

Dirás que es muy gracioso,
taimado, loco, lindo
y paga tus halagos
feliz y agradecido.
Que siempre te saluda
con juegos mil festivos
y, asoma el sol apenas,
va á tí con regocijo.
Que sabe hacer el muerto,
que dice: «Periquito,»
que ya tu nombre grita,
que ya murmura el mío.
Mas yo á razones tales
respondo: «Por lo mismo!
Celoso estoy mi Lola,
de veras te lo digo:»

La costumbre á que se contrae el esclarecido autor de la Historia Física, Política y Natural de la Isla de Cuba, ha desaparecido casi por completo, de lo que debemos felicitarnos no sólo por lo que la criticaba el magistrado romano de austeras costumbres, fallecido á los 85 años de edad, si que también, por tratarse de seres á expensas de los cuales, puede propagarse la tuberculosis, toda vez que ellos son una buena vía para tal objeto, como pasamos á probarlo.

En la tan interesante como bien redactada comunicación quehizo en 12 de Abril del corriente año á esta Real Academia, nuestro muy digno y prestigioso compañero profesor veterinario señor D. Francisco Etchegoyhen, manifestó el ilustre cofrade, que en las Psittacideas, es frecuente la tisis, trayendo en su apoyo á Mr. Tröbuer, el que asegura que de los 154 loros observados en la clínica de la Escuela de Veterinaria de Berlín, desde el año de 1886 hasta el de 1893, 54 eran tuberculosos diagnosticándose con fijeza la enfermedad, por las investigaciones bacteriológicas.

Hay más, el Sr. Nocard cita el hecho de un loro que en el exámen *post morten* presentaba el pulmón ocupado por tubérculos blanquecinos, ricos en bacilos específicos; como Eberlein en una de sus excelentes obras, trata de 56 sugetos con tuberculosis en los seres que nos ocupan.

También el Sr. Cadiat refiere el de cierto loro con tumores grisáceos en la lengua, velo del paladar y comisuras del pico, miradas hasta esos momentos como lesiones propias de la difteria de las aves y en los que el estudio al microscopio demostró la presencia del organismo patógeno de la tuberculósis.

No menos notorias son las inquisiciones del conceptuado doctor Straus el que en su bien pensada obra publicada en el próximo pasado año de 1895 cuyo título es «De la Tuberculose et son bacille», manifiesta que de sus experimentos hechos en las cotorras, aunque pocos en número, puede afirmarse que las inoculaciones intra-musculares del bacilo de la tuberculosis aviaria en tales sugetos, produce una tuberculosis, generalizada, reconociendo también dicho autor, según consignaron en la Sociedad Biológica de París; en 8 de Febrero del actual los Sres. Cadiot, Gilber y

Roger, que la tuberculosis del loro es de orígen humano que se inocula al cobaye y puede ser trasmitida al perro.

Sostienen la misma opinión los tres últimos referidos profesores y en testimonio de sus convicciones se expresaron en estos términos en 11 de Diciembre de 1895 en la sabia sociedad Biológica de París: «La reciptividad del papagayo para el virus tuberculoso humano es mucho mayor, puesto que habiendo inoculado á tres cotorras, en todas hemos obtenido resultados positivos. La tuberculosis de inoculación ha seguido el mismo desarrollo que la tuberculosis espontánea, es decir, que se ha propagado poco á poco y progresivamente al espesor de la piel á cuyo nivel había sido inoculada por nosotros».

«Todos sabemos que no es raro que el loro se vuelva espontáneamente tuberculoso. Nuestros experimentos, al par que la información etiológica que hemos llevado á cabo, establecen el origen humano de esas lesiones bacilares. Es de suponer que recíprocamente el loro, contaminado por el hombre, pueda enfermarle á su vez.»

En la sesión del 1º de Febrero del que cursa en dicha sociedad agregaron: «Resulta de nuestra información que, en 7 casos por lo menos, los loros tuberculosos estudiados por nosotros habían sido contaminados por tísicos. En algunas observaciones la demostración es tan completa como en un experimento: así, por ejemplo, un loro que tenía la costumbre de tomar los alimentos en la boca de su dueño, fué atacado de tuberculosis á nivel de la lengua y de las comisuras bucales; el examen bacteriológico demostró la presencia del bacilo de Koch en las producciones corneales del animal y en los esputos del hombre».

«Desde el punto de vista de su acción patogena sobre los diversos animales, los bacilos del loro se comportan, no como los bacilos aviarios, sino como los humanos y son muy virulentos para el cobaye, poco activos para el conejo, las más de las veces inofensivos para la gallina.»

«El origen humano de la tuberculosis de los loros se desprende, pues, claramente de nuestras observaciones y de los experimentos que tenemos ya comunicados con anterioridad, experimentos por los cuales se demuestra que se puede inocular con mucha facilidad la tuberculosis humana al loro.»

Por último, en la de 8 de Febrero del presente á que antes nos hemos contraído dijeron: «En resumen: las dos tuberculosis pueden inocularse á los mismos animales; los resultados no difieren sino en su frecuencia relativa; tal especie es más sensible á la tuberculosis humana, tal otra á la aviaria, pero ninguna pesee una inmunidad positiva. He aquí por qué, al mismo tiempo que insistimos acerca de los caracteres diferenciales de las dos grandes variedades de tuberculosis, no podemos resolvernos á separar completamente ambos virus ni á ver en ellos otra cosa que razas de una misma especie.»

Ahora bien: los anteriores estudios nos hacen fijarnos en dos puntos capitales, la frecuencia de la enfermedad y la semejanza de la causa patogena, los que pasamos á estudiar; pero antes permitidnos que nos detengamos en exponer los caracteres que distinguen al loro tuberculoso, para que quede mejor ilustrado el punto.

Tratándose de un particular que corresponde á la profesión á que supo dar su puesto en Francia á mediados del siglo pasado Bourgelat, que entre nosotros fué tan considerada por los Reyes Católicos en 1500, y por Felipe V. en 1739 creándose la Escuela de Madrid, en 1.791 permítasenos que reproduzcamos la descripción de la enfermedad en los loros, tal cual la expuso aquí el erudito Académico Sr. Etchegoyhen, de acuerdo con los señores Cadiot, Gilbert y Roger.

La tuberculosis en tales animales hállase caracterizada por la presencia de lesiones en la piel ó en la mucosa, las que toman la forma de tumores grisáceos, aparentan estar constituídas por sustancia cornea y se sitúan con preferencia en la cabeza, las mejillas, comisuras del pico, en el tegumento cutáneo que recubre las alas y en las articulaciones. Son frecuentes también en la conjuntiva, en el globo ocular, en la faringe y en la lengua. Estos tumores á veces adquieren cinco centímetros de tamaño, si se extirpa uno, en cualquiera de las dos superficies de separación, podrá observarse un tejido de granulaciones grises, en el cual abundan los tubérculos amarillos, repletos de bacilos de Koch.

En determinados casos las lesiones se hacen internas, entonces los tubérculos invaden los órganos profundos, fijándose de

preferencia en el pulmón, eligiendo después el hígado y el vaso.

Los loros resisten durante largo tiempo á la acción destructora de la enfermedad. Viven, pues, años diseminando el germen del mal, ora por desprendimiento de las lesiones externas, ya con la saliva, con el moco nasal, ó á expensas de los productos que forman sus defecaciones.

Por las íntimas armonías que tienen con la tésis que sustentamos, diremos que en los pájaros se fija también al principio la afección preferentemente en las comisuras del pico, cual asegura el Sr. Durante, siendo ésta la razón del por qué contrajo la enfermedad una mujer de 71 años de edad, á quien un pardillo picó la segunda falange del pulgar, en donde se desarrolló un lupus.

Hay que advertir, como manifestó el autor en la sesión de la Sociedad Biológica de París de 14 de Marzo del actual año, que la anciana no presentaba antes lesión tuberculosa alguna, estando el pájaro enfermo hacía algún tiempo, muriendo después de una afección interna mal determinada.

Del lupus curó la enferma por medio de las puntas de fuego; pero es el caso que, á más de la manifestación digital, presentaba muchas secundarias subcutaneas en la parte media del antebrazo y en el codo las que fueron extirpadas, examinadas é inoculadas.

El análisis histológico reveló tubérculos típicos en el tejido celular subcutaneo, los que inoculados á un cobaye murió de tuberculosis generalizada. El vaso de este animal se inyectó á su vez á un palomo y á un conejo, sacrificados ambos al cabo de treinta dias, el primero estaba completamente sano y el segundo con gruesos tubérculos en todos sus órganos.

La tuberculosis es tan frecuente en el loro como en el hombre, porque ella se extiende por toda la tierra, siendo notable el número de defunciones que produce en nuestro país, por lo cual podemos colocarla entre las *endémias*, siguiendo el ejemplo de los Sres. Bondin, Lombard y Alcina que en sus respectivas obras así lo hacen.

El ilustre profesor Jourdanet asegura que existe una zona en los altos niveles en la que no se sufre jamás de la implacable dolencia, marcando, aunque tal vez exageradamente esa región á igual distancia de la base y del nivel de las nieves perpétuas,

poniendo tangible por medio de un cromo en su tratado de presión atmósférica los lugares en que se encuentra la más ó menos completa inmunidad para tan devastadora afección.

En Europa se estiman como libres de la tisis, á Islandia, Pirineos, montañas de Harz, Thuringe y de Schwarz, así como las Islas Feroe. En Asia á las estepas de los Kirghis, el centro de la Arabia y las cúspides del Himalaya. En Africa el centro y costa Este comprendidas entre Zanzibar y Anden. En América se señalan con igual carácter las cordilleras del Perú y las mesetas de las montañas mejicanas; como en la Occeanía á Nueva Guinea y mitad este de Borneo, de igual manera que el centro de Australia.

En lo que respeta á los Pirineos, séanos lícito exponer que, si bien no hay en ellos muchos casos de tisis, en modo alguno pueden igualarse á la Islandia.

De los estudios de geografía médica referente al mal que nos embarga, pueden deducirse las tres conclusiones siguientes; primero: la tisis pulmonar guarda ciertas relaciones con los climas; segundo: que hay puntos en los que existe una inmunidad casi absoluta; y tercero: que en las alturas indícase un nivel aunque poco precisado, en el cual no se desarrolla ningún proceso tisiógeno

De estas observaciones ha nacido la terapéutica de los climas para la tuberculosis, la que no es nueva, pues Celso se ocupó de ella con bastante lucidez, como también Plinio el joven y Cullen, los que han legado hechos que confirman cómo supieron manejar este poderoso medio para restablecer la salud perdida.

Años después Claudio Galeno indicaba en Roma á sus enfermos pudientes que pasaran á la Nubia y al alto Egipto con tan necesario objeto.

Posteriormente á esta época, es preciso llegar al Renacimiento para encontrar otros datos verdaderamente importantes, habiendo ocupado mucho estos lugares en días más cercanos á gran número de médicos é ingenieros nacionales, desde D. Antonio Hernández Morejón y D. Amalio Maestre hasta D. Vicente Martínez Montes, D. Fernando Weyler, D. Tomás Zerolo y D. Joaquín Jacobsen. Al llegar aquí rogamos un momento en obsequio de lo mucho que merecen las dos últimas personalidades mencionadas.

La primera de ellas es digna de toda alabanza por su trascen-

dental obra titulada «Climatoterapia de la tuberculosis pulmonar en la península española, Islas Baleares y Canarias», la que fué premiada por la Real Academia de Medicina y Cirujía de Barcelona en el concurso Gari, el año de 1888 y en la que el prestigioso autor, á manera de resumen, dice que un sitio con ese objeto debe reunir igualdad de temperatura en los años, en las estaciones, en los meses, en los dias y hasta en las horas. De otro modo, ausencia de oscilaciones ó poco graduadas oscilaciones termométricas, uniformidad de presión barométrica, sequedad atmosférica, aire puro y aséptico, pocos dias y poca cantidad de lluvia, viento muy moderado y la más baja cifra expresiva de la mortalidad general y, sobre todo, de la ocasionada por tuberculósis pulmonar.

La segunda personalidad no es menos acreedora de la mayor celebración por su trabajo de ingreso en esta Real Academia en 1º de Junio de 1894, que lleva por título «Una localidad para tuberculosos», en que hace un buen análisis en general de las condiciones que reunen ciertas partes de nuestra Isla para ese fin, exponiendo los recomendables estudios de los Dres. Guimerá, Coronado y otros en la porción Oriental y Occidental, fijándose en la Sierra, punto predilecto de su interesante labor, lugar situado en el partido judicial de Cumanayagua, en el término municipal de Cienfuegos.

La trasmisión de la tuberculosis por nuestras cotorras al hombre, puede tener efecto, según es lógico deducir de lo que llevamos dicho, por picotazos, por su saliva, por el moco nasal ó sus excrementos, y agregamos que con la ingestión de su carne cuando esté enfermo el animal, pues no debemos echar en olvido que el ilustre Dr. Gundlach en la página 425 de su Contribución á la Ornitología de Cuba y en la 150 de su Ornitología expone que en nuestros campos, se come ese ser, sobre todo cuando es joven, porque su carne es agradable, lo que también pasa, según Brehm, con los otros loros, en distintos lugares de la tierra, pues dice: «Esa carne aunque dura y filamentosa es muy apreciada y sirve sobre todo, para hacer un buen caldo, calificado de delicioso por Schomburgk.»

«A los chilenos les gusta muchísimo; los indios de América y los salvajes de Australia persiguen activamente al ave

para comer sus masas musculares,» lo que nos obliga á entrar de lleno en el estudio de la semejanza de la causa patogena, segundo punto que debemos tratar, y el que nos hace ocuparnos del carácter propio distintivo y peculiar de la enfermedad.

Las múltiples teorías médicas relativas á la tuberculosis han tenido tantas fluctuaciones en el transcurso del tiempo que los términos tubérculo, tuberculización, tuberculosis y tisis han variado muchas veces de sentido.

Desposeídos los antíguos de los más rudimentarios conocimientos de anatomía patológica en cuanto á la terrible afección, fijábanse sólo en el aspecto del enfermo y los síntomas culminantes para distinguir al estado morboso. Así las cosas fueron cambiando progresivamente, á medida que los descubrimientos se sucedían, hasta Avenbrugger y Laennec que suministraron notables recursos para distinguir en el vivo las alteraciones de los órganos toráxicos.

Los autores que primero se ocuparon de la anatomía patológica de la enfermedad la consideraron por largo tiempo como local del aparato respiratorio y se preocuparon menos de las analogías que de las diferencias que existen en las lesiones anatómicas, de aquí que Portal describiese 14 variedades y 40 Morton.

Un gran avance realizóse en 1810 con los estudios de Bayle, que admitió la diatesis tuberculosa, debiéndose á Laennec el conocimiento de la unidad de la tisis que puede llamarse *doctrina francesa*, la que aceptó el inolvidable Dr. Louis.

En 1850 Reinhardt fué el primero que se pronunció en contra de tan importante modo de pensar, admitiendo la pneumonía tuberculosa, tratando de demostrar luego por su parte Wirchow que la materia caseosa tenía un origen distinto del tubérculo, lo que creó la teoría dualista ó alemana.

En virtud de tales circunstancias vino la confusión, que llegó á lo sumo, por haber admitido la tuberculosis aguda con el nombre de granuria Robin y Empis, así como por describirse en Strasburgo, simultáneamente con aquélla, la tisis epiteliar que era para la tuberculosis lo que el cancroide para el carcinoma.

Aunque cuenta hoy la dualidad con algunos partidarios y, sobre todo, súbditos del Emperador Guillermo, parécenos poder

deducir de los recientes trabajos de la tuberculosis que después de las múltiples discusiones entre clínicos y anatomo-patológicos, Laennec ha triunfado sobre Wirchow.

Asegura esta opinión el ilustrado Dr. Gaviño, en un notable trabajo publicado en el nº 14, tomo 32 de la Gaceta Médica de Méjico, del 15 de Julio del pasado año de 1895, periódico de la Academia Nacional de Medicina de aquella culta capital.

Titúlase el artículo: Bacteriología--¿Los síntomas de la tuberculosis son debidos á la infección por el Bacilus de Koch, ó á la asociación microbiana, ó infecciones secundarias?

Examínanse en el trabajo con imparcial criterio las opiniones ó experiencias verificadas, así en pró como en contra, y termina de este modo:

«Por tanto, me parece que se puede concluir: que el tipo clínico de la tuberculosis es producido por el Bacilus de Koch, sin que se tenga que invocar la infección estrepto—estafilo, ó neumocócica, que tienen su acción y su importancia, pero sólo como complicaciones. Esto hace á mi juicio afirmar más la unidad de la tuberculosis.»

Admitida la teoría unitaria, lógico es hacer suyo todo lo que propenda á ese fin que no en vano ha dicho el sabio educador Don José de la Luz Caballero, que una es la verdad y uno el medio para encontrarla; nos referimos, pues, á la identidad del bacilo de los animales con el del hombre, punto que sólo hemos tocado ligeramente.

Los experimentos del conspiscuo profesor Johne son fehacientes en el sentido aludido; realizáronse éstos en 325 seres de distintas especies en los que consiguió el resultado que pasamos á exponer.—De 25 alimentados con esputos tísicos adquirieron el mal un 36 por ciento; de 33 con las sustancias tuberculosas del cerdo la padecieron el 53 por ciento; y de dos con la del conejo, el 50 por ciento.

Las carne fresca de una vaca tuberculosa produjo el 47 por ciento afirmativo y un 33 dudoso, en tanto que sometida á la cocción durante diez ó quince minutos dió un 35 por ciento seguro y uno dudoso.

De todo lo cual deduce el Sr. Johne primero: que la trasmisión de la tuberculosis puede tener lugar de animal á animal y

del hombre al animal por ingestión de productos tuberculosos, modo más incierto que la inoculación; segundo: las sustancias que trasmiten más seguramente la enfermedad por la ingestión gástrica son las suministradas por el pulmón, las pleuras y glándulas linfáticas; la leche de animales tuberculosos se debe colocar enseguida de estas materias; y tercero: que la infección es menos segura por la ingestión de carnes musculares que por las sustancias indicadas: no obstante ha producido 76 casos afirmativos sobre 235 negativos.

No menos interesantes son los estudios del Sr. Gerlarche, pues siguiendo el mismo procedimiento consiguió en 90 experimentos en cincuenta y cinco individuos de varias especies, alimentados con sustancias tuberculosas, crudas, 45 casos de infección, y en 35 con músculos cocidos de vacas tísicas, 8.

El profesor Toussaint ansioso de inquirir la trascendental cuestión de si el elemento patogénico pierde su actividad una vez que ha sido sometido á la temperatura que pone á las carnes en condiciones propicias para la alimentación manifiesta que, inyectado el líquido conseguido por presión de un pulmón tuberculoso y calentado á 58 grados centígrados en cuatro cerdos y cuatro conejos, el mal se produjo fatalmente en los ocho animales sometidos á su estudio. En otros seis conejos en los cuales inoculó el líquido conseguido de la carne de un cerdo tuberculoso producto que fué colocado á la temperatura de 79 grados centígrados, obtuvo el mismo resultado.

De igual modo el celebrado veterinario mejicano Sr. Escobosa está convencido de lo que sostenemos, pues acepta en un todo las ideas que hemos expuesto de Toussaint, copia algunas y agrega que desde el año de 1865 el eminente Villemin de Val de Grace expuso que se puede hacer aparecer en los animales las mismas lesiones de la tuberculosis del hombre inoculándoles la materia constitutiva adquirida de los focos en que ésta se encuentra localizada.

Se determina el contagio por inyecciones subcutáneas por ingestión gástrica de materia tuberculosa de músculos, pulpa visceral, tegidos, etcétera, ó por la leche de seres afectados; como por inoculaciones hechas con sangre ó jugo de carne que sea dado por un organismo tuberculoso.

Un dato más de no menos valor científico que los citados nos lo suministra el Dr. Bouley en su obra «Naturaleza viviente del contagio» que por muchos conceptos es acreedora del mayor aplauso; helo aquí: «Un pedazo de músculo de un buey cuyos pulmones estaban sembrados de grandes tubérculos caseosos, fué calentado en una parrilla hasta que en su centro el termómetro marcó 52 grados centígrados.»

El jugo exprimido de ese trozo fué untado en un pan que sirvió para dos comidas de cinco conejos situados en la misma caja; de aquéllos uno se sacrificó á los treinta y cinco días, el que presentaba ganglios tuberculizados y granulaciones grises en los pulmones. Los otros cuatro sucumbieron turberculosos á los 120 días.

Refiere también el profesor Bouley que el Dr. Chaveau ha hecho ingerir la materia tuberculosa tomada, ya de la especie humana, ya de la bobina de pulmones afectados de la tuberculosis miliar, á once becerros, elegidos precisamente en las condiciones menos propicias para adquirir el contagio, á los que se les dió la gran proporción de 50 á 100 gramos repetida cuatro veces al día; los individuos sometidos á la experimentación contrajeron la enfermedad, aunque en diversos grados.

Consignado lo expuesto, debemos agregar que en 1869 emprendió el ilustre Villemin dos series de experiencias en los conejos, que no nos es dable silenciar. En los de la primera administró por la vía digestiva de 8 á 10 bolas del tamaño de un grano de chícharo, formadas con una pasta de harina y un líquido en que había triturado trozos del pulmón de un hombre tuberculoso.

A la segunda serie suministró una masa de consistencia pastosa hecha con salivado y esputos de tísico, dándole á cada uno próximamente 40 gramos.

El estudio autópsico de estos animales dió el resultado siguiente: Primero, en dos de los tres conejos de la primera serie se encontraron lesiones tuberculosas en los pulmones, vaso y ganglios mesentéricos; el tercero salió ileso de la prueba. Segundo, en uno de los dos conejos de la segunda prueba, lesiones tuberculosas en el hígado, vaso, gran epiplon, ganglios mesentéricos é intestino delgado.

El distinguido experimentador Sr. Saint Cyr ha verificado múltiples observaciones en terneras y becerros y ha obtenido igual resultado.

En 1881 comunicó á la Academia de París M. Toussaint que había sometido á culturas apropiadas suero de la sangre de una vaca tuberculosa y pulpa de los ganglios laringeos de una cerda en aquel estado, hallando en ellas un depósito compuesto de pequeñas granulaciones aisladas, germinadas en grupos de 3 á 10 ó en pequeñas masas irregulares.

El análisis microscópico le dejó ver que en estas masas irregulares existían gran número de microbios que parecían inmóviles, mas en las partes líquidas de la preparación, en las granulaciones aisladas, se notaban movimientos brownianos evidentemente marcados.

«Dujardin Beaumetz, á quien tanto debe la ciencia en todos sentidos, refiriéndose á los hechos que nos ocupan—dice M. Toussaint—colocó sangre de una vaca tuberculosa en un vaso, y el suero de esa sangre en tubos Pasteur llenos de caldo de gato, puerco y conejo. Transcurrido cierto tiempo los líquidos de cultura ofrecían granulaciones muy diminutas, aisladas ó reunidas en pequeños grupos. Inoculamos este suero con microbios á varios gatos y determinó en uno de ellos, pasados 47 días, granulaciones tuberculosas en los pulmones.»

Repetido este experimento ha dado siempre igual resultado.

El erudito Toussaint no vacila en asegurar que esas granulaciones constituyen el elemento activo de la virulencia tuberculosa, cabiéndole, al gran Koch siguiendo la senda preparada por el autor mencionado antes, determinar la especie del tubérculo, dando á conocer, el 24 de Marzo de 1882, en la Sociedad de Médicos de Berlín, la presencia constante en todos los productos tuberculosos de un micro-organismo perteneciente á la clase de los bacilos, origen y causa responsable de la terrible afección que es el azote de los tiempos modernos, hecho que las cifras prueban de modo convincente.

La estadística recojida en 662 poblaciones francesas revelan que París lleva la delantera en esto con 490 defunciones anuales por cien mil habitantes.

En el departamento del Sena, que cuenta con más de tres millones de almas, el término medio anual de la mortalidad tuberculosa fué, desde 1889 á 1893, de 14,563 defunciones.

La mortalidad aumenta con la importancia de la población, apareciendo siempre como uno de los factores principales de origen la aglomeración de gentes y el aire viciado.

En Aunober, donde la policía sanitaria es exquisita, se destinan las carnes infestadas por cualquier causa á la fabricación de albúmina, por lo que, cuando el Sr. Jeukius hizo su visita de inspección en Agosto del 82 al matadero de la referida urbe, encontró que las 16 reses tuberculosas que se habían diagnosticado en el mes anterior fueron dedicadas á la referida industria, lo que sentimos muy mucho no se imite entre nosotros para bien general.

En testimonio de lo que venimos sosteniendo, es de nuestro deber exponer, que el Sr. Ch. Siegen, veterinario del Gobierno en Luxemburgo, ha demostrado la trasmisión de la tuberculosis al cerdo por la vía digestiva, según aparece en la página 120 del Boletín de la Sociedad de Ciencias Médicas del Gran Ducado de Luxemburgo, correspondiente al año pasado, y cuyas carnes son causa de la trasmisión de la enfermedad al hombre.

El ilustre Germain See, por tantos títulos una de las lumbreras de la época presente, despues de analizar en su «Diagnóstico de la tisis dudosa por los bacilos de los esputos,» dice, á manera de conclusión: «El animal inoculado y tuberculizado puede servir como el tísico para las inoculaciones sucesivas; sus productos son anatómicamente idénticos á los del hombre; presentan las mismas propiedades fisiológicas é igual poder de propagación.»

El sabio Grancher pensando como Laughans, Sehuppel y todos los grandes patólogos, cree que el microbio de la tuberculosis en los animales, es igual al del hombre y posee las propiedades de trasmisión á éste.

En un trabajo leído por el erudito Peter en la Academia de Medicina de París, en virtud de las inoculaciones preventivas de la tisis hechas por el Dr. Grancher con bacilos de las aves, atenuados por el envejecimiento, dijo: «En mi opinión y en la de muchos autores, en particular el Dr. Gimbert, no hay entre el

bacilo de la tuberculosis de las aves y el del hombre diferencia esencial.»

Á propósito de esto, el reputado periódico político «El País,» que se publica con tanta corrección en esta capital, en su número del 20 de Mayo de 1892 expone: «Esto mismo viene diciendo hace más de seis años en las columnas de este periódico nuestro compatriota el Sr. Balmaseda, y en su obra sobre Patornitología que vió la luz en 1889, leemos en la pág. 224 lo que sigue: «El lector debe disculpar mis digresiones, pues no parece justo que, al estudiar, mal ó bien, las enfermedades de las aves, pase con indiferencia por las del hombre, cuando éste se presenta á mi imaginación con los mismos dolores y las mismas lesiones orgánicas, originadas por las propias causas. No hay diferencia entre el bacilo de la tisis en esos pequeños organismos, el del ganado y del ser racional; y debo llamar la atención sobre un hecho de gran trascendencia: los experimentos del célebre Dr. Jhone en 325 reses han demostrado que las materias musculares y las vísceras de los animales son eficaces vehículos para la trasmisión de la tuberculosis.»

«El que introduce en su estómago carne ó vísceras de una gallina tuberculosa, ¿cómo no ha de quedar tuberculizado? Me admira que no sea mayor el número de tísicos, viendo la poca atención que se presta á que las aves sean sanas. Preciso es que se interponga el poder benéfico de las leyes entre el vendedor ignorante ó despiadado y el infeliz consumidor, que con frecuencia no hace otra cosa inconscientemente que comprar veneno para sí y su descendencia. Si se indica la necesidad de establecer la inspección microscópica de las carnes del matadero de reses, antes de ponerlas á la venta pública, no es menos indispensable la del mercado de aves. ¿Cómo podrá negarse la difusión de la tisis por el bacilo aviario? Yo creo en ella con una convicción profundamente arraigada en mi espíritu.»

Confirmada la verdad de tales hechos en la referida obra «Enfermedades de las aves ó ensayos sobre Patornitología y consideraciones sobre Higiene Pública en la Isla de Cuba,» impresa en 1889 en la acreditada casa del Sr. D. Elías Fernández Casona, Obispo 34, justo es que reclamemos, si no toda, una parte de esta gloria para el ilustre cuanto modesto cubano que el Gobierno de la República Francesa ha sabido condecorar en vista de

sus trabajos con la Cruz de la Orden del Mérito Agrícola, pues es el Sr. D. Francisco Javier Balmaseda de los privilegiados de que hablan los Sagrados Libros, por cuanto procura la sabiduría y multiplica sus conocimientos, lo que hace en beneficio de éste su país y de Colombia, su patria adoptiva, donde, como aquí, es tan considerado y respetado.

En terreno firme, cimentado en la experiencia y en la observación, procedimientos que vienen á ser un solo método, como aseguró Bacon y ha afirmado luego Claudio Bernard, podemos, pues, admitir que una de las causas de la tuberculosis humana es el contagio adquirido por los loros y, en general, por las aves, medio más seguro quizás que el origen hospitalario, del cual ha dicho Jaccoud, en la sesión del 28 de Enero del año actual, en la Academia de Medicina de París, que no es categórico, en vista de tres casos de pneumonía traumática, seguidos algún tiempo después de tuberculosis, de la que sucumbieron, siendo evidente por ello, agrega, que la separación de los tísicos de los otros enfermos no se impone como consecuencia directa y necesaria por solo el hecho de la trasmisibilidad del bacilo tuberculoso, bastando una buena higiene hospitalaria cuyo medio fundamental es la absoluta supresión del polvo, opinión de que participaron, apoyándola con estudios propios, Duquet, Nocard, Tarnier y de Montpeller, aunque este último no dió á las partículas purverulentas tanta importancia como Duquet y Tarnier.

Es de nuestro deber agregar también que no así pensaron, en la labor del 4 de Febrero próximo pasado de la misma sabia Academia de Medicina de la capital de Francia, los Sres. Terrier, Debove y Franck; el primero expuso que, teniendo en cuenta la comunicación presentada por el sabio maestro Jaccoud, tomaba la palabra porque él consideraba la enfermedad como esencial y extremadamente contagiosa; pero que las pruebas matemáticas no siempre pueden ser presentadas en lo que concierne al contagio hospitalario, porque sólo hasta poco ó mucho tiempo después de haber salido los enfermos del hospital no se vuelven tuberculosos.

En cambio los empleados la adquieren en una proporción considerable, como así mismo los alumnos, siendo casi siempre éstos los más asiduos, los más trabajadores, los que permanecen más

tiempo en el establecimiento, por lo que es de lamentar que la administración no haga nada para evitar las contaminaciones, al extremo de que la desinfección de los colchones en la estufa se hace de modo tan deficiente, que después de la operación se encuentran en ellos gran número de parásitos, no desinfectándose los esputos, lo que hace criticar agriamente la absoluta falta de higiene en los hospicios destinados á la curación de las enfermedades.

El señor Debove manifiesta que si se presentan obstáculos para descubrir el contagio de la tuberculosis en los hospitales, no sucede igual en la clientela particular, en donde es facilísimo de comprobar. Para explicar el contagio se acrimina con razón al polvo; pero si éste es peligroso es sencillamente porque contiene el bacilo de la tuberculosis, y de ahí esta conclusión: que para ponerse á cubierto del enemigo, bastaría aislar á los tísicos de los otros enfermos.

A todo lo que acaba de ser expuesto añade el Dr. Franck que no sólo es en el hospital donde la tuberculosis ha hecho sus pruebas como enfermedad contagiosa, pues todos los que frecuentan el Laboratorio, saben que á menudo se ve volverse tísicos á los alumnos que se ocupan en manipular gérmenes y materias tuberculosas.

Tratándose de la trasmisión de la tuberculosis, de cualquiera manera que se verifique asunto tan capital para la humanidad, precisa que se tengan en cuenta las ideas del Sr. Kelsch, dadas á conocer en 7 de Abril de este año en la Academia de Medicina de París, el cual expuso que, sin querer negar los peligros del contacto ó de la permanencia en los puntos infectados, desea se fijen sobre la acción de los focos tuberculosos latentes de la auto-infección en el génesis de las tuberculosis vulgares, pues opina que la auto-infección está destinada á reivindicar, por lo menos en los centros militares, algunos hechos que indebidamente se han atribuído al contagio.

Si se considera que á la primera sospecha de la tisis los soldados son eliminados de las filas; que sus vestidos y efectos de cama quedan sometidos al vapor bajo presión, los cuarteles metódica y periódicamente desinfectados, las secreciones virulentas destruídas á medida que son emitidas, y que, sin embargo, la endemia aumenta de año en año, lo mismo en el ejército francés que en el de otros países, con especialidad en el alemán, es permitido creer que

la frecuencia de la tuberculosis no es función exclusiva de la diseminación de los gérmenes por el polvo, y que cabe admitir otros medios de propagación; abriga la idea de que se entra tuberculoso en el ejército tan amenudo acaso como se contrae en él la enfermedad. Los individuos que se hallan en la primera circunstancia penetran en las filas afectados de tuberculosis localizada latente, denodulos solitarios esparcidos en el pulmón ó en otro órgano cualquiera, lesiones compatibles con los atributos de una salud completa, no traduciéndose por ningún trastorno funcional apreciable. Pero, si sobreviene una perturbación cualquiera de la salud y estas lesiones se descubren, enjendran por auto-infección la pleuresía, la bronquitis de repetición y la tisis.

Lesiones latentes observadas, por lo menos en una tercera parte de los sujetos que habían muerto de males ajenos á la tuberculosis, lo mismo en soldados recientes que en militares ya veteranos, por lo que hay que hacer intervenir, en esos casos, la influencia considerable de la herencia y que las viscisitudes de la higiene desempeñan papel considerable en la revivicencia de los focos tuberculosos latentes, tan temibles en la patogenia de las distintas formas de la tuberculosis, como la inhalación ó la ingestión directa del virus.

En resumen, dice que la observación demuestra que es el hombre mismo y no el cuartel, ni el hospital, el que con frecuencia suministra el germen de su propia tuberculosis, y que no son más que circunstancias eventuales las que despiertan ese germen de su letargo y favorecen sus emigraciones.

Refiriéndose el Sr. Kossel á la existencia tan frecuente de la tisis en los niños de muy tierna edad, apenas de algunos meses, declara que ese hecho suscita el problema siempre pendiente de la tuberculosis congénita. ¿Puede producirse la infección en el curso de la vida intrauterina? La solución de esta incógnita importa considerablemente bajo el punto de vista de la profilaxis, y por eso en ella vamos á fijarnos.

Está fuera de duda que el paso de los bacilos de Koch de la madre al hijo, puede efectuarse por intermedio de la vía sanguínea: pruébanlo sobradamente algunas observaciones, en que se trataba de madres tísicas en el último período de la enfermedad, aunque cree el Sr. Kossel, que estos casos no son más que hechos

raros, que apenas pueden ser tenidos en cuenta, opinión también sustentada por los Sres. Bar y Reinon, la que aparece consignada en el «Boletín de la Sociedad de Biología de 1895», página 505.

No obstante lo expuesto, un hecho nuevo viene á probar la infección tuberculosa congénita, el que fué dado á conocer por los Sres. Doloris y Bourgis en el segundo Congreso Internacional de Ginecología y Obstetricia celebrado en Ginebra del 1º al 5 de Septiembre del actual año, con la particularidad de afirmar los narrantes que en realidad las observaciones de esta clase son raras, pero que la infección tuberculosa intrauterina es innegable, aun cuando no haya habido rastro alguno de tuberculosis en los órganos del feto.

Para el ilustre profesor Kossel, es la afección muy probablemente exógena, siendo una buena prueba de ello los muchos estudios que muestran en los niños la frecuencia de la tuberculosis latente bajo la forma de adenitis cervicales múltiples y de hipertrofias amigdalinas.

Los datos recogidos en cierto número de sus enfermitos, han convencido al célebre clínico de que, en la etiología de la tuberculosis infantil, hay que acusar mucho más al contagio que á la herencia; pues, en las circunstancias en que le ha sido dable obtener datos precisos, ha encontrado fácilmente el origen de la infección: el padre, ó la madre padecían de tisis, ó bien el niño había sido criado en una casa en donde se hallaba alguno atacado de tuberculosis.

En una palabra, hasta ahora no se puede hacer desempeñar á la herencia más que un papel secundario, como si dijéramos una simple predisposición. ¡Cuán difícil es, si el niño es hijo de padres tísicos, no caer en la tentación de pronunciar la frase de tisis hereditaria!

Algo más nos toca añadir para que queden consignadas las últimas opiniones apropósito de la contagiosidad de la tuberculosis, enfermedad en donde el parasitismo está establecido con certeza, cual asegura el Dr. Bouchard en su interesante obra «Lesiones sobre las auto-intoxicaciones», pues igualmente en la Academia de Medicina de París, en 18 de Febrero del corriente, el Dr. Ferrand dijo que, al mismo tiempo que admitía la contagiosidad, hacía ver, basándose en gran número de ejemplos, es-

pecialmente suministrados por las compañías de seguros, que desempeña papel importante la herencia en la propagación de la tisis, admitiendo, en cuanto á lo que se refiere al contagio, que los esputos secos son los únicos agentes responsables de la diseminación de los gérmenes morbosos.

Expuesto lo que precede en que se considera el esputo como el primer factor del contagio, porque en él se encuentra el bacilo de Koch desde el principio al fin del mal, como ha indicado nuestro prestigioso compañero el erudito Dr. Delfín en uno de los artículos publicados en el conceptuado «Diario de la Marina» se nos impone tratar del diagnóstico precoz de la tuberculosis y fijar la duración de la tisis, elementos de mayor cuantía para el, fin que nos proponemos, que es destronar al inhumano opresor que sólo en la Habana mata unas 2,000 personas por año.

Abraza el primer punto de los enunciados un vasto campo, por lo que vamos á fijarnos en el valor de la tuberculina en el conocimiento anticipado de la enfermedad en el hombre, siendo por ello los trascendentales estudios de Grasset y Vedel de Montpeller los que van á ocuparnos.

Es hoy una verdad trivial, cuya demostración huelga, la de ensalzar cuán grande es la ventaja para el médico de un diagnóstico precoz de la tuberculosis, pues es el único medio para conseguir resultados satisfactorios de los tratamientos farmacológicos y más que todos los higiénicos.

Menos pueril, si bien contiene la misma verdad, es asegurar que el diagnóstico precoz no siempre es fácil. A veces la existencia de los micro-organismos en los esputos es un signo de incertidumbre relativamente tardío. Los síntomas generales y locales, acerca de los que el Sr. Grancher ha insistido tanto, son signos de gran probabilidad que preceden al descubrimiento del bacilo en los esputos; pero no traen aparejada la certidumbre nosológica.

Las dificultades son mayores cuando se trata de diagnosticar la índole tuberculosa de localizaciones no respiratorias.

He aquí por qué hemos dicho que debíamos fijarnos en las investigaciones de los Sres. Grasset y Vedel, pues un signo más sin peligro es de tenerse muy en cuenta.

Aun cuando el material clínico acumulado por esos Sres.

es poco considerable, según confiesan ellos mismos en un brillante artículo publicado en la «Semana Médica de París», el 4 de Marzo del actual, no por eso dejan de ser interesantes y de ofrecer un porvenir halagüeño, pues en 14 enfermos practicaron 25 inyecciones, consiguiendo resultados evidentes.

Justo es exponer también que antes el Dr. Strauss efectuó preciosos estudios con la tuberculina, y declara en su obra ya citada, «La tuberculosis y su bacilo», que esa substancia constituye un medio de diagnóstico muy seguro en casos de tisis inicial.

La tuberculina usada por los Sres. Grasset y Vedel les fué suministrada por el Dr. Borrel del instituto Pasteur, y las dosis empleadas al principio representaban un décimo de milígramo, echando de ver que era insuficiente, por lo que resultó luego útil la de dos ó tres décimos de milígramo para una primera inyección y la de cinco décimos para una segunda.

En cuanto á la técnica, es por demás fácil y al alcance de todos los profesores.

Se hace guardar cama al enfermo y se toma su temperatura durante dos ó tres días, mañana y tarde.

Se practica la inyección hipodérmica en el muslo con todas las precauciones de asepsia, que son en el día clásicas, y se continúa tomando la temperatura dos ó tres veces por día, durante las 24 ó 36 horas después, no registrándose en ningún caso absceso, acción local, ni erupción.

Como resultado de tales estudios opinan sus autores que 13 de los 14 casos son absolutamente demostrados, siendo suficientes esas investigaciones para alentar á nuevos ensayos clínicos que han de permitir que este medio, aun poco empleado, tome carta de ciudadanía en la práctica corriente.

Además, la tuberculina, de la misma manera que en el hombre, sirve de elemento de diagnóstico para la tuberculosis bovina, por lo que puede evitarse con su empleo la infección por ese medio de que antes hemos hablado.

Comprueban lo que decimos los estudios del Sr. Weber, presentados á la Academia de Medicina de París, en 25 de Febrero del año que corre, como contestación á una consulta hecha á esa sabia Sociedad por el Ministerio de Agricultura, á quien precisaba

saber el valor de la substancia de referencia en las tisis de los bovideos, y cuyo resumen pasamos á exponer.

La tuberculina inyectada en cantidad de 30 á 50 centígramos determina en los animales tuberculosos un aumento de temperatura de 1°5,=2°=2°5 y más, reacción que permite reconocer la existencia de lesiones tuberculosas las más pequeñas, en tanto que igual dosis no tiene efecto apreciable en los animales no tuberculosos, aunque sean portadores de lesiones graves del pulmón ó las otras vísceras.

Se manifiesta la reacción febril entre la duodécima y décima quinta hora inmediata á la inyección y dura algún tiempo.

Los experimentos hechos en los distintos países son tan numerosos y concluyentes que no permiten poner en duda los excelentes resultados conseguidos á expensas de las inyecciones.

Hoy es, pues, fácil extinguir la tuberculosis en un establo: basta con someter los animales á la acción del reactivo, eliminar de los sanos los que han sido sensibles á la tuberculina, desinfectar el local y no introducir en él sino animales fisiológicos.

Las objeciones hechas al procedimiento, sometidas á una buena crítica, á la observación y á la experiencia, resultan sin valor, por lo que la ilustre Academia de París acordó la siguiente conclusión:

«La tuberculina es un medio precioso para establecer el diagnóstico de la tuberculosis bovina, y todas las ventajas están en que se recomiende su empleo.»

De no menos capital importancia es el segundo término de los enunciados, pues tanto tiempo como pueda durar la tuberculosis adquirida del loro, de otro animal ó del hombre mismo, existe el peligro para la infección y el contagio, la constante amenaza de la enfermedad, como, las más de las veces, de la muerte.

Dominando en nosotros la idea del progreso, admitimos todo lo nuevo cuando es bueno, por lo que no extrañará que, al afrontar el problema planteado, nos refiramos á las ideas del eminente profesor V. Hanot, de fama tan justa como universal, y las que se encuentran consignadas en un magistral artículo publicado en París en 18 de Marzo del año que cursa, en el reputado periódico profesional «La Semana Médica» á que hemos antes he-

cho referencia, pues se trata de uno de los mejores de literatura médica-contemporánea.

Esto sentado, cumple á nuestro deber exponer que la duración de los fenómenos de biología morbosa, no se representa en lo general por medio de cifras precisas é invariables.

Los estados patológicos sólo ofrecen en cierto modo ese carácter cuando se trata de la evolución rápida y cíclica en el organismo, hasta esos instantes sano, de un agente único ó que predomina como tal, cuando la afección casi se asemeja á un experimento, como ocurre con la pneumonía, la escarlatina y otras; mas, para mayor desdicha de la humanidad, la tuberculosis no corresponde al número de los anteriores procesos, pues justamente el bacilo de Koch es de los microbios patógenos cuya influencia es más variable, enjendrando desde la tuberculosis local á la granuria; y si á esto se agrega que en la tisis pulmonar toma gran parte el estado anterior de la economía, podrá decirse que hay tantas tisis como tísicos, y que su duración correrá aparejada con esta circunstancia.

De un modo general es difícil, cuando no imposible, el determinar la duración exacta de la tuberculosis, porque todas las tisis, se componen de dos fases, una latente, otra visible.

Los procesos anatómicos producidos por el micro-organismo responsable, son la expresión exacta de las modalidades clínicas que se observan en la práctica y explican por tanto la variabilidad de duración.

El ilustre Dr. Louis, en su estadística de 193 casos, dice que 15 murieron en los tres primeros meses de la enfermedad, 52 del tercero al sexto mes, 62 del séptimo al duodécimo, 41 del décimo tercero al vigésimo cuarto, 23 del comienzo del tercer año á mediados del octavo.

En vista de estas cifras que no comprenden ciertas formas manifiesta el Dr. Hanot que, si ha podido asegurarse que la duración media de la afección es de uno á tres años, podría haberse afirmado también que la tisis sin fiebre dura más de cincuenta años.

Según los Sres. Balmer y Fräutzel, se consiguen indicaciones para valuar la duración del mal, con la cantidad y forma de los bacilos contenidos en los esputos: cuando aquéllos abundan, se

trata de casos graves, de marcha aguda; cuando no sucede así, son pequeños y sin esporos, trátase pues de la forma lenta de largos años; no obstante lo expuesto, cree Strauss que no deben sacarse conclusiones precisas de esos datos, toda vez que son muy discutibles, como es necesario admitir con reserva los estudios de Czaplewski sobre el poder de fijar las materias colorantes y su resistencia menor á los agentes de la coloración.

Influyen de modo cierto en la marcha de la tuberculosis, el estado moral, la nostalgia, la miseria, el bueno ó mal tiempo, las afecciones patológicas inter-currentes, además, en la mujer, la preñéz, el parto y la lactancia, pudiendo con relación á los últimos factores repetir estas palabras de Peter dirigidas á las tuberculosas:—"Soltera, nada de matrimonio; casada, nada de hijos; madre, nada de lactancia."

Por otra parte, como afirma Fournier, la sífilis hereditaria es una predisposición á la tuberculosis, en cuyo terreno evoluciona con notoria intensidad, como acontece con el alcoholismo que la acelera, apesar de no creerlo así Magnus, Huss, Tripier y Lendet, de igual manera que pasa con la pleuresía, que acompaña á la tuberculosis.

Los medicamentos imperfectamente preparados ó administrados en dosis desproporcionadas ó en momentos mal escogidos, la precipitan á su vez, así el aceite de bacalao impuro es capaz de producir accidentes de intoxicación pútrida, y la mejor creosota, administrada por la boca, origina en ocasiones trastornos digestivos que hay que evitar.

Desde comienzos de la bacteriología, para modificar y detener la marcha de la enfermedad que nos ocupa, hanse intentado introducir en el seno del organismo materias antagonistas al bacilo de Koch, siendo célebre con ese fin los estudios de Cantani ya en 1885, igualmente los de Salama y otros autores, aunque no han dado resultados positivos; á su vez ha hecho concebir grandes seguridades la seroterapia, de la cual diremos, con relación á la tuberculosis, algo de lo que expuso Roger en el tercer Congreso francés de Medicina Interna, celebrado en Nancy del 6 al 10 de Agosto del corriente 1896, toda vez que interesa á nuestros propósitos.

Débense los primeros ensayos de este procedimiento á los

Sres. Richet y Hericourt, que inyectaron sangre de perro en el peritoneo de conejos inoculados con cultivos de tuberculosis aviaria ó bovina, utilizándolos de cabra los Sres. Bertin, Pick y Lepine.

Hicieron luego esos experimentadores varias aplicaciones de ambos procedimientos á la clínica, con resultados al parecer satisfactorios, sin que los animales que hemos mencionado sean de modo alguno refractarios.

Las gallinaceas son los únicos seres que presentan resistencia en contra de la tuberculosis humana, sin que en ellas la inmunidad sea absoluta, pues Foa manifiesta que el medio interno de aquéllas no dificulta el desarrollo de la enfermedad en los roedores, no siendo más activos los extractos de órganos.

Si no se ha llegado aún á obtener un suero anti-tuberculoso, verdad que es porque no se ha encontrado el medio de vacunar á los animales.

Propónese en la actualidad el Dr. Roger, basándose en la resistencia de las gallinaceas, preparar un líquido por medio de sus huevos, método harto reciente, del que el mismo autor asegura que no puede juzgarse.

En 1892 y por un proceder mixto que consistía en inyecciones de tuberculina aviaria y humana, seguidas de inoculaciones de tuberculosis de aves y luego del hombre, Babe y Broca aseguran haber visto producirse efectos beneficiosos desde el punto de vista de la fiebre, de la demacración y muy especialmente en las tuberculosis locales.

Con Maragliano, el asunto ha entrado en un sendero más práctico, debiéndole atribuír al suero por él preparado una acción bactericida y otra anti-tóxica.

Los hechos clínicos parecen probar que el referido líquido presta servicios en 91,75 p. % de casos.

El tratamiento consiste en inyectar al enfermo $1^{cc}$ cada dos días, llegando en los casos febriles á 5 y $10^{cc}$; al desaparecer la pirexia se vuelve á la primera dosis, suspendiendo todo tratamiento si se presenta la hemoptisis; puede, por otro lado, asegurarse que el suero inyectado en esas dosis no parece ser peligroso.

Los estudios hechos en Italia y Francia por algunos experimentadores son favorables al método, haciendo concebir la idea

de que éste, ú otro mejor, realicen en el mañana el objeto deseado.

Nuevas y halagadoras esperanzas ofrecen en el sentido en que nos venimos expresando, aunque por otro sendero, los interesantes estudios de los Sres. Lortet y Genoud, presentados á la Academia de Ciencias de París, en 22 de Junio del actual año, acerca de la acción de los rayos X de Roëtgen en el proceso patológico que nos ocupa.

En 23 de Abril también de este año inocularon en el pliegue inguinal á ocho curieles de mediano tamaño y de casi la misma edad, con caldo marcadamente tuberculoso.

A los dos días, tres de esos animalitos, tomados al azar, fueron atados en decúbito supino en una tabla, con las patas separadas y presentando al tubo radiante la región de la ingle inyectadas. Esta operación fué repetida cada día, por lo menos durante una hora, desde el 25 de Abril hasta el 18 de Junio.

Al cabo de ese tiempo, los cinco curieles no tratados presentaron ulcerados los lugares de la inyección, los ganglios infactados, el estado general poco aceptable, habiendo disminuído de peso.

En cambio, los tres sometidos al experimento no tenían ninguno de tales fenómenos, su aspecto era excelente y habían aumentado de volumen.

Estos resultados, aunque incompletos, en tanto el examen microscópico de los conejillos de India mejorados no se haga, autorizan, no obstante, para concebir ideas satisfactorias, con el objeto de detener y oponernos al desarrollo de la enfermedad.

Para impedir el contagio del mal, ha nombrado, hace dos meses, la Asistencia Pública de Francia, una comisión especial con ese fin, la que ha dictado salvadoras medidas prescriptivas de gran importancia práctica.

Pasa igual con los consejos suministrados para el mismo objeto por el Colegio Médico de Hamburgo, el que acaba de publicar, en una pequeña hoja suelta que distribuye gratuitamente á todo el mundo, valiosas medidas para evitar el contagio de la enfermedad.

En virtud de lo expuesto, transcribiremos las principales prescripciones de uno y otro centro á que nos referimos. Son las del primero: «Todo tuberculoso declarado recibirá una ó dos escupideras modelo Duguet, con el líquido desinfectante que deban contener.»

«La administración regularizará las nociones fundamentales á la higiene de los tuberculosos.»

«La desinfección para los servicios de la ciudad se hará durante y al final de la enfermedad en las habitaciones de los tuberculosos, desinfectando el domicilio cuando el enfermo se traslade á otra parte.»

«Las medidas destinadas al servicio domiciliario serán las designadas para coadyuvar á esta liga contra la tuberculosis parisiense.»

«Las oficinas de beneficencia también quedan comprendidas en las prescripciones de saneamiento.»

Son las del segundo: «Para disminuír el contagio por los esputos es necesario que todo individuo que padezca tos ponga su mano delante de la boca al toser y que tenga cuidado de escupir en vaso especial destinado á este objeto.»

«Los individuos sanos que se ocupan personalmente de cuidar á enfermos tuberculosos deben hacer cumplir esta prescripción.»

«Todo tuberculoso que no la cumpla compromete la salud de sus familiares y la de los que le rodean. En cambio, cuando se ocupa de ella no es peligroso para sus familiares y amigos.»

«Los vestidos, géneros y efectos manchados por la espectoración de los tísicos deben ser cuidadosamente lavados: lo mejor es hervirlos ó desinfectarlos.»

«En los locales destinados á tísicos se mantendrá una limpieza rigurosa, una aereación continua, y se procurará que los rayos del sol penetren fácilmente. Se evitará el polvo, pasando con frecuencia un trapo húmedo.»

«Los tísicos no deben ocupar las camas de individuos sanos. Los niños deben ser alejados de la habitación de dormir de los tísicos.»

«Si los tísicos se dedican á la venta de substancias alimenticias y de género, ó si viven habitualmente con personas sanas en escuelas, talleres, fábricas, etc., los dueños de aquellos establecimientos y los directores de estas casas cuidarán de que observen algunas de las prescripciones señaladas en esta instrucción.»

«Las mujeres tuberculosas no deben lactar á sus hijos.»

«Los gérmenes pasan á la leche y por eso se recomienda que deberá usarse siempre hervida.»

Así como la grippe agrava la tuberculosis, cuando se presenta en su marcha, el pneumotórax la detiene, conforme opina Woillez, Behier, Czernick, Herard y recientemente Forlanini.

Más aún: de todas las condiciones individuales, la edad es una causa cierta que modifica la evolución del estado patológico de que hablamos, en la infancia sobre todo, en una época inferior á los siete años; según Cadet de Gassicourt, las dos formas más frecuentes son: la granurica y la pneumónica caseosa. A lo que agrega Hanot que en esa etapa de la vida, las tisis fibrosas son más raras que en el adulto, y, como la mayor parte de las grandes pirexias, la tuberculosis aguda ataca, sobre todo, á la infancia y á la adolescencia.

El Dr. Kossel, que con tanto talento como esmero ha estudiado últimamente (Zeitsch. f Hyg. u. Infectionnskr XXI. 1) ya bajo el punto de vista clínico, bien bajo el aspecto anatómico, la tuberculosis de los niños de la primera edad, ha contribuído por ello, en gran manera, á esclarecer la enfermedad en esa época de la existencia.

Fueron campo de sus operaciones 36 párvulos de dos meses á cinco años, 22 muertos de tuberculosis y 14 que sucumbieron á consecuencia de afecciones diversas: en estos últimos, sin embargo el mal era latente y se revelaba por alteraciones locales de los ganglios brónquicos ó de los mesentéricos.

En cuanto á las lesiones pulmonares, presentábanse en distintas formas que podían reducirse á alteraciones en cierto número y diseminadas, y otras de un foco único, invadiendo progresivamente, cual si fuera un tumor, por lo que la duración de la tisis en una y en otra circunstancia no podía ser desde luego igual.

Ya que de estos fenómenos tratamos, correspóndenos manifestar así mismo que la alteración casi constante de los ganglios bronquiales, es uno de los hechos más gráficos de la patogenia de la tuberculosis infantil, pues aquélla es casi siempre más antigua que las lesiones pulmonares. En otros términos, que esos ganglios son en el niño el primer comprobante de la infección tuberculosa y que desde entonces debe empezarse á contar la duración del mal.

De las dos formas de la tuberculosis en la primera edad, la que se observa con frecuencia es la generalizada de origen san-

guíneo, la que es probable que se produzca porque en un momento dado haya penetración de un foco tuberculoso en el torrente circulatorio, siendo la hipótesis más admitida que la entrada se hace de los ganglios bronquiales hacia el canal toráxico.

Por la ley de los contrastes, en el otro extremo de la vida, en la ancianidad, pasan las cosas de distinto modo, el Sr. Hanot asegura por esto que la tisis crónica es la propia de la vejez, siendo excepcional la aguda, si bien á veces estalla ésta con extrema violencia.

Desde la edad adulta en adelante la afección toma con frecuencia la forma fibrosa, tiene siempre tendencias á las producciones cretaceas y parece que las causas patológicas, lo mismo que los fenómenos fisiológicos, presentan menos actividad.

Los estudios del Sr. E. Barié, verificados en París, consignados en la Revista de Medicina, en Octubre de 1895 y Enero del actual año, nos autorizan para exponer que la tuberculosis senil dista de ser rara, y entrar en algunas consideraciones que concurren al fin que perseguimos.

Para determinar el autor acabado de citar la frecuencia del estado patológico, ha adquirido la mortalidad por la tisis pulmonar en los viejos, á partir de los sesenta abriles como míninun de edad, lo que ha verificado en diez grandes hospitales de la capital de la República Francesa, en el transcurso de tiempo comprendido entre 1884 y 1893.

La Estadística ha demostrado que en ese período decenal han fallecido de tuberculosis pulmonar en los establecimientos de referencia 1,604 hombres y 598 mujeres, en total 2,202 individuos. El conjunto de defunciones oeurridas en toda edad y por causas distintas en esos mismos hospitales y durante igual lapso de tiempo ha sido de 92.141; si se compara con esta cifra la suma de los casos en los ancianos tuberculosos de ambos sexos, se ve que los óbitos en la edad senil representan 2,30 p.% de la mortalidad general.

El Sr. Barié, que ha hecho sus observaciones en setenta y cinco enfermos, en los que ha aquilatado las particularidades clínicas de la tuberculosis senil, también sostiene que las más de las veces es crónica, rara vez aguda ó subaguda, y que, si ofrece muchas analogías con la de los adultos, difiere de ella por ciertos caracte-

res, siendo uno de los más notables la poca tendencia de la enfermedad á generalizarse en el pulmón.

Explícase este hecho por la existencia, casi constante en los ancianos, del enfisema y de la periarteritis difusa pulmonares, los cuales reducen muy mucho la extensión del sistema capital y el calibre de los pequeños vasos pneumónicos.

La tuberculosis crónica de los viejos puede revestir seis formas clínicas distintas, en todas las que se notan, como signos característicos, la rareza ó poca intensidad de la tos, de la disnea de los sudores nocturnos y de los dolores toráxicos. Los trastornos gastro-intestinales no son raros y se traducen las más de las veces por diarrea y anorexia.

La mayor parte de los clásicos consideran la hemoptisis como excepcional en los viejos; pero el Sr. Barié ha comprobado qu este fenómeno, sin ser tan frecuente como en los tísicos adultos, es aún bastante común en los ancianos.

También es rara y poco intensa la fiebre, acerca de la cual en general permítasenos consignar los interesantes estudios de Chrétien, presentados á la Sociedad Biológica de París, en 8 de Febrero del que cursa, y los que tienen por objeto saber si la fiebre héctica es debida á la reabsorción de los microbios contenidos en las cavernas, ó á la de sus toxinas; con tal objeto, el autor ha recogido los esputos de cierto número de tísicos, los ha limpiado cuidadosamente de los gérmenes que podían encerrar, y el líquido restante lo ha inyectado á unos conejos. A poco de esas prácticas, los animales han presentado una elevación de temperatura igual de dos á tres grados.

Estos experimentos demuestran, pues, que si los micro-organismos de las cavernas contribuyen á la patogenia de la fiebre héctica, no es precisamente por sí, sino por las toxinas que segregan. Con todo, no se crea que sea ésta la causa única de la fiebre héctica, toda vez que hay que hacer intervenir otros factores, acerca de los que han hablado ya notabilidades muy conocidas.

La tuberculosis semi-aguda ó sub-aguda puede presentar tres formas principales, siendo el diagnóstico de éstas, como el de las otras de que hemos tratado antes, á veces muy difícil, á causa de la frecuencia de los estados latentes de la afección, y por el hecho de que la busca del bacilo de Koch es más laboriosa en los

esputos del viejo, que en los del adulto: por lo que el resultado negativo de esta investigación imposibilita afirmar, de momento, la no existencia de la tuberculosis senil.

Aun en los individuos en que existen fenómenos estetoscópicos, la tuberculosis senil podrá ser confundida con la bronquitis crónica de los antíguos, con la broncoectasia, con el enfisema, etcétera; no obstante, se llegaría á establecer el diagnóstico verdadero' teniendo en cuenta ciertos signos, tales como la uniteralidad de las lesiones pulmonares, en el predominio de los signos físicos en los vértices, y otros no menos interesantes.

El pronóstico de la tisis en los ancianos, fuera de las formas agudas, es menos grave para el indivíduo que en el adulto, dado que en grán número de veces afecta, como es sabido, una marcha lenta é incidiosa, lo que la hace más temible como causa de contagiosidad por el gran número de años en que un sujeto es elemento de trasmisión de la enfermedad, de la muerte.

Analizado lo principal, en cuanto á la duración de la tuberculosis en el hombre, puede, pues, decirse con Hanot que se halla subordinada á factores diversos: estado prévio del organismo, grado variable de virulencia del micro organismo infectante, influencia del medio cósmico y social, incidentes morbosos superpuestos, intervención médica: de ahí su extensa variabilidad.

Para completar los estudios que hace el médico del Hospital de "San Antonio", Dr. Hanot, correspóndenos exponer, cuáles son los modos de terminación de la tuberculosis, problema que él examina detalladamente en su valiosísimo trabajo publicado en Paris, en 29 de Julio de este año.

El tísico muere, para esa prestigiosa autoridad, siguiendo la conocida ley de Bichart, por el pulmón, el corazón ó el cerebro: rápida ó súbitamente realízase por encefalopatía, síncope ó asfixia, siendo múltiples las causas que impiden que el desarrollo de la enfermedad vaya hasta la consumación final.

En el loro la tuberculosis es casi siempre crónica, pues ya hemos dicho, con el profesor veterinario Sr. Etchegoyhen y los Sres. Cadiot, Gilbert y Roger, que esos animales resisten largo tiempo á la acción destructora de la enfermedad, por lo que, como el sujeto humano, que padece de tisis en la misma forma, son una amenaza constante y por largo tiempo propagadora del mal.

A mayor abundamiento, en todas las edades en los seres de nuestra especie, mediante ciertas circunstancias, se puede encontrar, en el estudio de la sangre del tuberculoso, algunos elementos de aplicación práctica para nuestro loable propósito, es decir: para ponerse en guardia en contra de la infección y del contagio.

Aseguran los Sres. Stein y Erbmann en un interesante trabajo publicado últimamente (Deutsch. Arch. f. Klin. Med. LVI, 3 y 4,) que si en un tuberculoso no existe ni foco de supuración crónica, ni proceso inflamatorio, y si, empero, se observa una leucocitosis acentuada, habrá motivo para sospechar el desarrollo de lesiones ulcerosas destructivas de uno de los pulmones. Así mismo, si en un tísico cuya sangre ha presentado siempre una leucocitosis normal se nota sin causa un aumento del número de los glóbulos blancos, se admitirá, con razón, que las alteraciones tuberculosas van á experimentar una fusión rápida y que el estado se agravará.

Finalmente, si se descubre en un tuberculoso un número normal de leucocitos se puede casi afirmar la ausencia de lesiones destructivas del pulmón.

Como se vé, leucocitosis é inflamación destructiva, supurativa, son por decirlo, así sinónimas en el tísico: ésta es la conclusión más importante que se desprende de las investigaciones llevadas á cabo por los Sres. Stein y Erbmann.

Al llegar á esta parte de nuestras inquisiciones, tócanos insistir acerca de otra manera de trasmitirse la tuberculosis del hombre al loro, de éstos entre sí y de los sujetos psittacinios al rey de la creación.

La saliva del tuberculoso puede trasmitir la afección al animal, pues no pocas veces comen de los manjares que tienen sus amos en la boca ó que bien sólo parten con los dientes, los que se brindan con afecto al ave amiga; ó cuando ésta besa á su dueño en los labios, hecho en extremo contrario á una de las prescripciones higiénicas para evitar el mal que, como medida á cargo del médico, recomienda el Sr. A. Espina en un interesante trabajo publicado en la *Revista de Medicina y Cirujía Práctica* de Madrid, en donde aconseja que en la habitación del tuberculoso no debe comer nadie y el resto de los manjares quemarlos.

A poco que se medite, se comprenderá que la infección se

hace en los casos por nosotros citados, con la mayor exactitud, sobre todo en las circunstancias de que existan úlceras tuberculosas en la lengua del enfermo, ya de aquéllas que reconocen por causa inoculación directa de los bacilos de Koch en la mucosa, ya de otras más extrañas de las que ha hablado el Sr. H. Claude en la sesión de 18 de Enero del corriente año, en la Sociedad Biológica de París, y en la que dijo: «Que había podido estudiar recientemente una ulceración tuberculosa de la lengua que, en contra de lo que se opina por lo general, no son debidas á la causa á que nos hemos referido. Uno de sus enfermos presentó tres ulceraciones que se extendieron rápidamente, mientras que aparecía un semillero de granulaciones amarillas y de ulceritas. Estas lesiones evolucionaron en tres meses, al mismo tiempo que una granulia generalizada. El examen histo-bacteriológico mostró la existencia de granulaciones tuberculosas confluentes á nivel de las ulceraciones y una multitud de folículos con bacilos de Koch, no solamente en la mucosa sino hasta las profundidades del órgano, en pleno tejido, sano á simple vista.

En este caso cree el autor que se trata de una infección tuberculosa por la vía sanguínea, de una granulia de la lengua de tendencia ulcerosa, como las que existen en el hígado y en el riñón; pero las que, como las otras, agregamos nosotros, contagian de igual manera, pues en todas se halla el agente patógeno en cantidad crecida.

A mayor abundamiento, asegura el Sr. Tiandy (Archivo. f. Klin. Chir. LII. I,) que la tuberculosis en las encías y revoldes alveolares, es más frecuente de lo quo se cree, habiendo llegado el autor á reunir 36 casos publicados en el curso de los últimos 25 años y que, si en algunos sujetos va acompañada de alteraciones tuberculosas principalmente de los pulmones, debe ser en otros considerada como una enfermedad primitiva, comenzando el proceso por las encías, y que las alteraciones del hueso son de un orden secundario.

Pueden contraer también nuestras cotorras la tuberculosis, por llevarlas en ocasiones paradas en los dedos índice ó medio de la mano, en caso que éstos estén ulcerados, al propósito de cuyas lesiones llamó la atención en París el Sr. Du Castel, en la sesión del 12 de Marzo del corriente, en la Sociedad de Dermatología y

Sifilografía, pues se trataba de un caso particular, digno de ser enseñado, por estar en harmonía la úlcera con la profesión del individuo; en esas circunstancias conserva el ave adherida por algún tiempo los microbios en sus patas; luego toma con alguna de ellas el alimento que ha de ingerir, contagiándose así con toda seguridad.

Vista la manera de trasmitirse la tisis del hombre al loro de que prometimos ocuparnos, veamos ahora el cómo puede verificarse de loro á loro, fijándonos especialmente en el modo de hacerse del sujeto amanzado al salvaje, pues entre los primeros es fácil explicarse el hecho, cuando se trata de varios que viven juntos más ó menos próximos.

Del loro domesticado al que goza de completa libertad puede pasar la afección por el hecho visto con frecuencia de que el primero muchas veces se va con el segundo, y vuelve luego á la morada del dueño; en ese tiempo de ausencia, por sus relaciones más ó menos íntimas con los otros individuos de su clase, le trasmite la enfermedad en el caso que él la tuviera.

Estas apreciaciones no son exageradas, pues el sin igual naturalista, gloria de Cuba, D. Felipe Poey dice en su magnífica égloga *A Silvia:*

Para escuchar tu voz sonora y blanda,
Que interrumpe con grito escandaloso,
En la palma empinada,
La cotorra jugando con su amada.

El hecho de que tal animal ó el periquito abandonen el hogar de su amo y retornen después á él, es frecuente en nuestro campo, y el naturalista Schombourgk, con relación á este particular, dice que en la América del Sur, en donde se deja volar á los loros sin cortarle las alas, ha visto á varios individuos reunirse por la mañana con sus congéneres salvajes, marcharse con ellos y volver por la tarde á la cabaña del amo.

Tuberculizada el ave de la selva, en caso de ser cazada y su carne comida, ya hemos visto cómo puede obrar, y cuando por medio de astucias es aprisionada viva y se domestica, infecciona por su contacto, el que es grande, pues como dice Brehm «hace gracia su prudencia, su hermosura seduce, y su compañía entretiene.»

Henos ya en el epílogo de la labor, la que pensamos sea de alguna trascendencia, por cuanto que, á petición del Sultán de Turquía, se ha ocupado asiduamente del examen de la contagiosidad de la tuberculosis y del modo de evitarla, la Sociedad Imperial de Medicina de Constantinopla en el año académico de 1895 á 1896. Y para que aquél no canse, sólo será constituído por dos partes; una: la importancia histórica del loro en íntima relación con la América; otra: la cantidad monetaria que incita al estudio de la tuberculosis, á causa del premio de 800,000 francos que ofrece la Academia de Medicina de París al que descubra un remedio preventivo ó curativo de la enfermedad.

En más de un concepto es interesante el loro en el conjunto de episodios que nos impresionan, como el eco de anteriores épocas, como acción rediviva de la humanidad en el pasado, pues en parte se le debe el haberse encontrado estas tierras y el conocimiento de las mismas en ciertos lugares.

El decir de Poeppig, y Humboldt, autoridades competentísimas, nos autoriza para pensar de esa manera.—«Pinzón, compañero y segundo del gran Almirante, suplicó á éste que cambiara el rumbo que llevaba, diciéndole:—Tengo el presentimiento de que debemos navegar por otro lado,» en virtud de haber visto una bandada de loros que volaban en cierta dirección; y el gran sabio alemán apellidado el «Aristóteles moderno» refiere que un viejo marinero manifestó al hijo del genio descubridor, que «Pinzón tuvo esa corazonada al ver volar unos loros, á los cuales observó por la tarde cuando se dirigían hacia el sudoeste para buscar, según pensó él, tierra y árboles donde pasar la noche.»

La marcada afición que tienen los pueblos salvajes á las plumas del loro es muy antigua y del todo generalizada. «Nada más natural dice el príncipe de Wied, que este adorno tan precioso como sencillo; á fé que son magníficos los toscos trabajos de pluma que hacen los pueblos incultos y de los cuales hablan los viajeros.» Varias tribus indígenas del Brasil se han distinguido en este arte, y hasta se asegura que saben teñir las plumas de loros, con sangre de ranas, lo cual es seguramente una fábula inventada por un natural y referida por él á un europeo demasiado crédulo.

En los tiempos más remotos dice Poeppig que «los habitantes

de los linderos de los bosques llevaban á los incas plumas de ara, para adornar sus palacios, y los historiadores antiguos del Perú nos dan á conocer que el afán de buscar estas plumas y la coca, indujeron á los hombres á penetrar en las intrincadas selvas vírgenes.»

Otro hecho debemos citar, expuesto por el clásico á que nos referimos, que importa no dejar en silencio, y es que «casi podría decirse que estas aves promovieron en las colonias del Nuevo Continente, la separación de las razas latina y germánica.»

Expuestos los acontecimientos que anteceden, que señalan el valor del primer orden de los *volucridos* del profesor Brehm en el hallazgo y vida de esta porción del globo terraqueo, tócanos desde luego consignar en los presentes instantes lo ofrecido acerca del premio en especie que acaba de instituírse en la capital de Francia, con el satisfactorio fin de destronar al terrible enemigo, azote de la humanidad, por lo que á sus atacados, más que á los de lepra, cabe hoy llamarles «hijos primogénitos de la muerte.»

Pues bien, no encontrando nada tan expresivo como las palabras con que se haya redactado el precioso documento á que nos contraemos en el periódico «La Semana Médica» de París del 1º de Abril del actual año, nos permitimos transcribirlas.

«Por decreto, el Secretario perpétuo de la Academia de Medicina de París ha sido autorizado para aceptar, en nombre de dicha Academia, la donación de una renta de 24,000 francos [ó sea un capital de 800,000 francos] hecha por Mme. Jouanique, viuda de Audiffred, para la fundación de un premio que llevará el nombre de «Premio François—Joseph Audiffred.»

Este premio será otorgado á la persona, sin distinción de nacionalidad y aunque fuera un miembro de la Academia, que, en el plazo de veinte y cinco años, á contar de 28 de Enero de 1896, haya descubierto un remedio curativo ó preventivo, reconocido por la Academia de Medicina de París como eficaz y soberano contra la tuberculosis.

Hasta el día en que, una vez hecho el descubrimiento, dichos 24,000 francos de renta hayan sido concedidos al autor, los réditos devengados, á partir de la primera anualidad, pertenecerán á la Academia, la cual podrá disponer de lo que aquéllos importen como mejor le parezca.

Con las enunciadas ideas, terminado ha quedado el discurso; pero, á fuer de obreros honrados, debemos por último manifestar que lo hemos escrito confiados en la bondad de esta respetable Academia, que aplaude todo esfuerzo; obedeciendo al decidido culto que sentimos por la ciencia, y, más que nada, porque en nuestros actos procuramos imitar al Divino Redentor, de quien Tertuliano ha dicho que «abría los ojos al pueblo, para que se penetrara de la verdad.»





